hacia las realidades sublimes que, para dirigir nuestra humildad, ha querido Dios envolver en una nube.

4.° Estas interpretaciones se aplican á todos los *flabella*, cualesquiera que sean su materia y su forma; sucede con otros que no les convienen, en tanto que se compone de plumas de pavo real, y éstos conciernen casi exclusivamente al Soberano Pontífice.

En los principios cristianos el pavo real es el símbolo del hombre perfecto, justo y santo, que no está corrompido por ningún vicio; porque, en opinión de los antiguos (Aug. *Gloss. in* c. II, 3, *Reg.*), la carne del pavo real es incorruptible. A imitación del pavo real, el hombre justo brilla con variado esplendor, no de sus plumas, sino de sus virtudes, y del mismo modo que este ave ahuyenta con su canto á las serpientes, así el hombre justo pone en fuga á los demonios con su oración (Aug. *De civit. Dei*, l. III, c. 4). El grabado que insertamos aquí, sacado de un calendario romano del siglo IV, publicado por el P. Boucher (*De doctrina temporum*, pág. 279), puede dar una idea de esta especie de abanico. Figura en la representación simbólica del mes de Agosto.

El rito del *flabellum* tomó también su origen en el oráculo de Isaías (VI, 2), donde se dice que los serafines estaban alrededor del trono de Dios, que tenía cada uno seis alas, y que dos de estas alas cubrían el rostro del Señor. He aquí claramente el ῥιπίδιον de los Griegos, el cual reproduce la imagen de un serafín con seis alas. Los dos abanicos á los dos extremos del altar, hacen el oficio de los serafines y velan la cara del Señor. También figuran los querubines del propiciatorio antiguo (*Exod.* XXV, 18. *Num.* VII, 89).

Por lo que concierne á la persona del Soberano Pontífice, se concibe que, con las mejores intenciones, haya querido la Iglesia que, como el Dios que él representa en la tierra, aparezca á los ojos de los pueblos respetuosos rodeado de esas plumas de pavo real que son la viva imagen de los serafines de Isaías. En la celebración de la misa papal, los *flabella* tienen por objeto atraer las miradas hacia delante, é impedir que se separen á la derecha ó á la izquierda, á fin de que toda su atención se reconcentre en los divinos misterios. Hasta los servidores que llevan los *flabella* tienen un sentido figurado: recuerdan al servidor de los servidores de Dios, en el asiento sublime donde su dignidad lo eleva y donde el orgullo podría seducir su corazón, los supremos destinos que le esperan como al último de los mortales; porque representan á esos esclavos de la antigüedad que precedían, cubierta la cabeza, al fúnebre entierro de sus maestros, ó que, aun de pie cerca de los lechos donde éstos estaban expuestos, agitaban, hasta junto la hoguera que debía consumirlos, abanicos sobre sus restos mortales.

Los querubines vistos y descritos por San Juan (*Apoc.*, IV, 6-8) tenían alas sembradas en totalidad de ojos por delante y por detrás. Este es, sin duda, el motivo que ha hecho elegir las plumas del pavo real, que también están llenas de ojos, como para advertir al pontífice que debe ser, en todas sus obras, prudente y circunspecto, porque los innumerables ojos de los pueblos cristianos están constantemente fijos en él, y también que él mismo debe ser todo ojos, á fin de que nada se le escape en el inmenso rebaño de Cristo, cuya custodia está confiada á su vigilancia (véase nuestro opúsculo *Del uso del flabellum en las liturgias antiguas*).

FLAMMEUM VIRGINALE.—Tal era, según San Jerónimo (*Epist.* XVIII. *Ad Demetriad.*), el nombre que se daba al velo de las vírgenes cristianas. El obispo lo bendecía en la iglesia en los días fijados para la consagración de las vírgenes (véase el artículo *Vírgenes cristianas*). Era sencillo, sin adornos, compuesto de pequeñas fajas de lana teñida de púrpura; no era flotante como el de nuestras religiosas, sino arrollado alrededor de la cabeza, de donde le vino el nombre de *mitra* ó *mitella* (Optat. Milev. *De schism. Donat.*, l. II, c. 7). Parece, sin embargo, según San Jerónimo (*Ad Eustoch.*), que algunas vírgenes llevaban un velo flotante sobre los hombros, y este velo era morado: *Et super humeros hyacinthina læna maforte volitans*. También es llamado *maforte* por otros autores, Papias, San Isidoro, etc. (véase Du Cange, t. IV, pág. 311). Se cree reconocer esta especie de velos en algunas *orantes* de las catacumbas (véase Bottari, t. III, página 149). El contexto de San Jerónimo parece suponer que las vírgenes que llevaban estos velos flotantes eran menos regulares y un poco dadas á la vanidad.

El velo era una insignia de tal modo esencial en las vírgenes cristianas, que algunas veces está marcado en sus epitafios: testigo un mármol de Milán del siglo V (véase *Amico catt.*, III, 136) en el que la virgen Devteria está caracterizada por estas palabras: CVM CAPETE (*sic*) VELATO. Una inscripción de la colección de Reinesio (class. XX, 122) expresa la consagración de varias vírgenes por la imposición del velo:

IN HOC REQVIESCVNT TVMVLO VENE|
RANDA CORPVSCVLA SACRAR. VIR. ET
CONSECRAT. VELAMINE.....

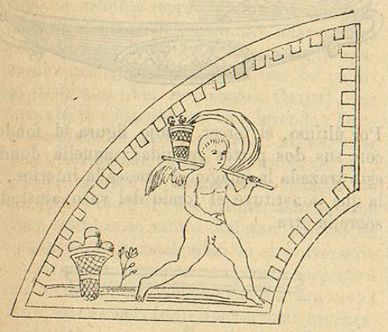
Flectwod publica también un epitafio (*Inscr. ant. sylloge*, pág. 51) donde se menciona el velo.

El cementerio de Priscila ha facilitado un precioso fresco (Bosio, pág. 549) que reproduce la ceremonia de la imposición del velo. Un pontífice, que se cree ser el Papa Pío I, está sentado en su cátedra y acompañado de un personaje que está de pie y que sería el sacerdote San Pastor. La virgen, que, según la misma conjetura, sería Santa Práxedes ó Santa Pudenciana, está de pie y tiene desplegado en sus manos el velo que el pontífice ha de tomar para ponérselo sobre la cabeza. Esta interesante escena dataría, pues, de la primera mitad del siglo II (véase el grabado en el artículo *Vírgenes cristianas*). La virgen AVFENIA, cuyo epitafio publica Marangoni (*Act. S. V.*, página 88), esta representada en la piedra con el velo virginal sobre la cabeza y en actitud de orar.

FLORES.—Los primeros cristianos habían adoptado la costumbre antigua de adornar los sepulcros con flores y follaje. Lo sabemos por el testimonio de los autores antiguos y especialmente por el de Prudencio (*Cathemerin. hymn.*, X, vers. 169-170):

Nos tecta fovebimus ossa
Violis et fronde frequenti.

Como la Iglesia se ha servido siempre, para designar el lugar donde habitan los justos, de la palabra *paraíso*, que quiere decir *jardín*, los artistas se dedicaron naturalmente á decorar, como un jardín delicioso, los cementerios ó las criptas donde descansaban los venerados restos de los mártires y aun de los simples fieles, expresando así la gloria celestial que disfrutaban. También las flores se hallan en esos lugares repartidas por doquier en guirnaldas, en ramos, en coronas, en vasos y en cestas. Según una reminiscencia antigua, se tuvo también la ingeniosa idea de hacer figurar en la decoración de la entrada de la primera cámara del cementerio de Santa Inés (Bottari, tav. CXXXIX) genios alados llevando cada uno sobre su hombro una cestita de flores que van á repartir entre las tumbas de los héroes de la fe.



En el artículo *Paraíso*, I, daremos algunos detalles que prueban que las rosas representaron un papel asaz importante en este género de decoraciones, y los rosales de que está adornada la tumba de Sabiniano (véase ibíd.) son una demostración material de esto. Aunque no sea tan común, este emblema se encuentra, no obstante, en otros monumentos fúnebres, especialmente en las criptas del cementerio de Lucina (Rossi, *Roma sott.*, t. I, pág. 323, tav. XII), y en un curioso mármol ha poco encontrado en los hipogeos de San Calixto (ídem, *Bull.* 1868, pág. 12). La doctrina de los Padres de la Iglesia concuerda, por lo demás, en esto con el lenguaje figurado de los monumentos (véase Cyprian. *Epizt.*, VIII; Meliton. *Clavis*. ap. Pitra. *Spicil. Solem.*, t. II, página 414, etc.). Un rito misterioso y de obscuro origen podría, según M. De'Rossi, explicarse por esta conmovedora práctica de la primitiva Iglesia: tal es la costumbre de que el Soberano Pontífice llevara en la mano una rosa de oro el cuarto domingo de cuaresma, llamado *Lætare*, de la primera palabra del introito de la misa.

Más tarde se adornaron también con flores y guirnaldas de follaje las basílicas, que, en su primitiva institución, no son otra cosa que las *memorias* ó los vastos sepulcros de los mártires. Tal fué la práctica de San Paulino en su basílica de Nola; así el sacerdote Nepociano (Hieron. *In epitaph. Nepot.*, *epist.* III); así también San Severino adornaba con flores de lis los muros de la suya (Greg. Turon. *De glor. confess.*, c. I). Y como las flores eran también, á los ojos de los primeros cristianos, el emblema de los dones del Espíritu Santo, se hacía regar con ellas la iglesia el día de la Pascua de Pentecostés. Los mosáicos de los ábsides de las iglesias de Roma y de Rávena tienen, ordinariamente, por objeto representar las delicias del Paraíso, donde figuran Nuestro Señor, la Santa Virgen y otros Santos; también el campo estaba enriquecido de césped y de flores (véase Ciampini. *Vet. monim.*, I. tab. XLVI *et passim*). Lo mismo sucede en los fondos historiados de los vasos que representan asuntos análogos. Debemos agregar que una flor en medio de una corona colocada entre San Pedro y San Pablo, en el sitio donde se ve de ordinario el monograma, ha sido considerada como

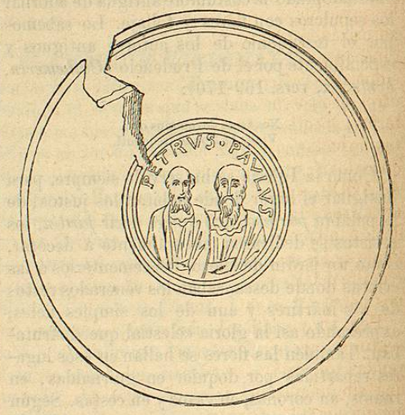
un símbolo de Jesucristo. Puede verse un ejemplo en un vaso dorado (Buonarruoti, XVI, 1).

FONDOS DE COPA. — I. Además de la especie de vasos conocidos en Roma con el nombre de *ampolle di sangue* (véase el artículo *Sangre de los Mártires*), se encuentran también en las catacumbas otros que afectan comúnmente la forma de patera ó de platillo, y cuyos fondos, que con frecuencia son los únicos que han resistido las injurias del tiempo, ofrecen santas imágenes trazadas groseramente, con ligeras excepciones, sobre una hoja de oro; he aquí el procedimiento: el artista extendía la hoja de oro sobre una rodela de cristal untada de una materia viscosa, y allí dibujaba su asunto con el punzón, así como la inscripción que de ordinario lo acompañaba; después de lo cual fijaba esta placa debajo del pie de la copa y lo sometía todo á la acción del fuego, hasta haber conseguido la adherencia completa de las dos partes. En aquellas tazas que nos ha sido dable examinar de cerca, particularmente en el museo Kircher, y gracias á la galantería del P. Marchi, hemos distinguido el punto de unión perfectamente marcado por los diversos colores de los dos cristales.

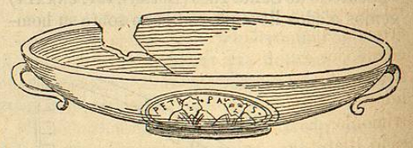
Se encuentran algunas en las que la gracia de las figuras no está únicamente perfilada por un simple rasgo, sino revelada más bien por líneas que marcan los principales efectos de la sombra (véase Garrucci, *Vetri ornati di figure in oro*, tav. VI, 1). Esta perfección relativa denota probablemente la mano de un artista griego, porque los vasos donde se observa tienen de ordinario una leyenda griega; resulta también, según creemos, del empleo de un procedimiento más adecuado. Alguna vez se atrevían á realzar con colores esta pintura de una sencillez primitiva. Así, fajas de púrpura en las túnicas (Perret, IV, pl. XXXIII, 114); así las olas del mar donde flota el bajel de Jonás, figuradas por el color verde (ídem, XXIX, 76); también existe un fragmento en que el rostro de Nuestro Señor curando al paralítico está pintado con el color de la carne (ídem, XXXIII, 102). Algunos ropajes blancos están figurados con plata, como, por ejemplo, las *penulæ* de ciertos personajes (ídem, XXVII, 53; XXIX, 72), y también los velos y vendas que envuelven la momia de Lázaro (ídem, XXXII, 27). Por último, en otras partes, las figuras de oro y de plata se destacan sobre un fondo de azul celeste (ídem, XXVII y *alibi*).

II. Los asuntos con más frecuencia representados en estos pequeños instrumentos son: 1.º, personajes y escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, la caída de nuestros primeros padres, el sacrificio de Abraham, Moisés, Jonás, Daniel, los jóvenes hebreos en el horno, Tobías, etc.; 2.º, Nuestro Señor, primero bajo la figura del Buen Pastor, después en el acto de multiplicar los panes, de curar al paralítico, de resucitar á Lázaro, etc.; 3.º, la Santa Virgen, ordinariamente en figura de *orante* entre dos árboles, San Pedro y San Pablo reunidos, más rara vez aislados, y algunos otros santos de la primitiva Iglesia, especialmente Santa Inés, etc.; 4.º, algunas representaciones de desposorios y de matrimonios cristianos, escenas íntimas de familia, relativas, sobre todo, á la educación de los niños, etc.

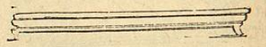
Damos aquí, según el P. Garrucci (tav. XXXIX, n. 3), como muestra, una copa entera en la que están representados San Pedro y San Pablo. Por el doble dibujo que damos á continuación, el lector formará una idea exacta, no sólo de la manera cómo están dispuestas las figuras en esta especie de monumentos, sino de las formas, sin duda las más vulgares, que tenían. He aquí, primero, la copa vista de frente:



El segundo grabado la presenta de perfil: es el vaso puesto sobre su base:



Por último, el tercer dibujo figura el fondo, con sus dos partes reunidas: aquella donde está trazada la imagen, y que es la inferior, y la que constituye el fondo del vaso ajustado sobre la otra.



III. Estos fondos de copa han sido encontrados unidos con cal al exterior, y algunas veces colocados en el interior de las sepulturas, ya como medio de reconocimiento, ya como simple adorno. Tal es el origen de los que se enseñan todavía hoy en diversos museos, particularmente en el del Vaticano, y de aquellos que nos son conocidos por las obras de los anticuarios cristianos, tales como Bosio, Boldetti, y sobre todo Buonarruoti, cuyo libro especial sobre esta materia ha llegado á ser clásico, y no tiene rival respecto á su vasta erudición, ni tampoco en cuanto á la seguridad de la crítica: *Osservazioni sopra alcuni frammenti di vasi antichi di vetro ornati di figure* (Firenze, 1740, in 4). En 1858, el R. P. Garrucci publicó con este título: *Vetri ornati di figure in oro, Roma*, un volumen infolio destinado á completar el del ilustre senador florentino, con 264 vasos recogidos en todas las partes de Europa; es un gran servicio prestado á la ciencia de las antigüedades cristianas.

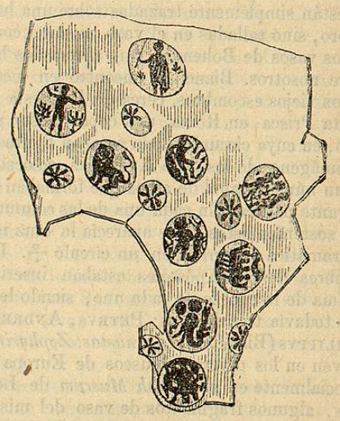
IV. ¿Qué uso se hacía de estos vasos entre los primeros cristianos? Según los sabios más autorizados (véase Secchi. *S. Sabiniano*, página 39 y sig.), algunos de ellos han debido ser empleados como cálices ministeriales ó con otros usos, en la celebración de los santos misterios: autorizan al menos á suponerlo así ciertas leyendas características con que están enriquecidos, ésta por ejemplo: ΠΙΕ ΖΗϹΑΙϹ ΕΝ ΑΥΑΘΟΙϹ, «bebe, así puedas tú hallar la vida EN ESTOS BIENES», estas últimas palabras que designan comúnmente la Eucaristía en el lenguaje de los más antiguos Padres. El P. Garruci rechaza esta opinión, por razones que no nos parecen bastante sólidas.

Pero su empleo más habitual tenía lugar, según se cree, en las agapas; en efecto, las leyendas que están trazadas en ellos conservan una singular huella de amor, de tristeza y de melancolía: PIE ZEZES, *bebe, vive*; SPES HILARIS ZEZES CVM TVIS,—DVLCIS ANIMA VIVAS, etcétera. Según este sistema, se cree reconocer en estos vasos cuatro clases distintas que se referirían á cuatro especies de agapas (véase el artículo *Agapas*): 1.º, á las agapas fúnebres, cuando los asuntos representados son relativos á la muerte ó á la resurrección: 2.º, á las agapas nupciales, cuando reproducen escenas de matrimonio, por ejemplo, un vaso que ha publicado Blanchini (*Not. in Anastas.* CAIUS), que representa dos esposos con esta leyenda: DIGNITAS AMICORVM ROMANE PIE..... ZESES. CVM TVA..... NE, quizás YRENE, EVPHROSINE, etc.; 3.º, á las agapas de nacimientos, cuando se ven figurar niños; 4.º, por último, aquellos que ofrecen retratos de santos habrían servido en las agapas que se celebraban en el aniversario de su *natalicio;* tenemos una prueba respecto á San Lorenzo en esta aclamación: VICTOR VIVAS IN NOMINE LAVRETI (*sic*) (Buonarruoti, tav. XIX, 2, y el grabado en nuestro artículo *Agapas*).

V. Entre los monumentos de esta naturaleza, hay algunos cuyas proporciones son tan exiguas, que su destino ha constituído hasta aquí un problema arqueológico irresoluble. Hemos reproducido tres ó cuatro en este Diccionario (véanse los artículos *Pescador* y *Tobías*, etc.): un número más considerable se encuentra en la obra del P. Garrucci (*Vetri. tav.*, II, III, IV, etc.). El reciente descubrimiento en Colonia, de algunos fragmentos de una antigua patena de cristal, ha puesto la sagacidad de M. De'Rossi en vías de la explicación deseada. Ha observado que esta patena está sembrada de pequeños discos muy semejantes á aquellos de que se trata aquí, y dispuestos en círculos concéntricos que convergen alrededor del asunto principal. Conocíamos la existencia de esas patenas de cristal en los primeros siglos, por una ordenanza del Papa Ceferino (Anastas. *In Zephyrin.*, II); el monumento de Colonia nos revela la naturaleza de sus adornos: cuando se le considera atentamente, como lo ha hecho M. De'Rossi, se nota que estos medalloncitos estaban hechos aparte, y después colocados en la patena cuando el cristal estaba todavía en fusión.

Pero ¿cómo se comprende que estos objetos se hallen repartidos y separados en los museos, de modo que desconciertan toda la habilidad de los anticuarios? Esto consiste en que el cuerpo de la patena, mucho más ligero que los medallones historiados, se rompía á causa de algunas circunstancias, y aquéllos se separaban sin romperse. Este hecho se ha producido señaladamente en las catacumbas, en las que patenas de esta clase fueron con frecuencia fijadas por completo en la cal de los *loculi*, y el anticuario romano ha visto el dibujo de varios, sobre todo en los hipogeos de la vía Salaria nueva y de la Apia.

Como los pequeños medallones soldados á la patena de Colonia ofrecen perfecta conformidad con los que se han encontrado aislados en las catacumbas, es más que probable que



provengan del mismo origen, es decir, de Roma. Estos, separados del vaso de que formaron parte,

presentan figuras que, en un principio, parecen no tener ningun sentido: por ejemplo, la cabeza de un monstruo marino, un león, un mago solo llevando su ofrenda y sin que se vea á quien la presenta, un personaje solo, con los brazos extendidos..... Reunidas estas mismas figuras, en la patena de Colonia, tienen su significado. Así, el medallon León es vecino del medallón Daniel, el que representa un árbol solo está inmediato al que ofrece á Adán y Eva, y algunas veces uno ú otro únicamente (véase De'Rossi, *Bullet*, Diciembre 1864, pág. 89).

El grabado anterior representa el principal fragmento de la patena de Colonia.

VI. La mayor parte de los vasos historiados de que nos ocupamos, se remonta á la más alta antigüedad, y Buonarruoti, juez tan competente en la materia, no teme atribuirlos al segundo ó tercer siglo, y á los primeros años del cuarto. Según él (*Prefaz.*, p. XII-XV), el mayor número debe datar de los tiempos de los Gordianos y de los Filipos, y el Dr. Labus adopta esta opinión (*Fasti della Chiesa.*, t. I, pág. 477), Boldetti (página 212), Bianchini (*In Anastas.*, página 247), y Marangoni (*Act. S. Victorin.*, página 65) establecen que indudablemente pertenecen á los tiempos de las persecuciones, y estos sabios aseguran haber encontrado en varios de ellos manchas de sangre de tal modo multiplicadas, que apenas podrían descubrirse las figuras. Trombelli (*De cultu sanctorum*, t. II, pág. 152) y el cardenal Orsi (*Storia eccl.*, l. II, n. 24) dan por demostrado que son anteriores á la paz constantiniana y aun á la persecución de Diocleciano. Debemos decir, sin embargo, que varios vasos de la colección del P. Garrucci nos parece que no se remontan más alla del siglo IV. No obstante, ninguna otra clase de monumentos ofrece tanta importancia para la arqueología cristiana.

VII. También hubo en la antigüedad cristiana otra especie de vaso, en que las figuras no están simplemente trazadas sobre una hoja de oro, sino talladas en el vaso mismo, como en los vasos de Bohemia, tan apreciados hoy entre nosotros. Bianchini encontró en medio de los viejos escombros, cerca de la iglesia de Santa Prisca, en Roma, una copa de este género, en cuya circunferencia estaban figuradas las imágenes de los doce Apóstoles, colocadas en un número igual de arcos que formaban un elegante pórtico. En cada una de las columnas que sostenían estos arcos aparecía la cruz monogramática encerrada en un círculo ☩. Los nombres de los Apóstoles estaban inscritos encima de la cabeza de cada uno, siendo legibles todavía tres de ellos: PETRVS, ANDREAS, PHILIPPVS (Bianchini. *In Anastas. Zephyrin.*). Se ven en los diversos museos de Europa, y especialmente en el *British Museum* de Londres, algunos fragmentos de vaso del mismo trabajo del que ha descrito Bianchini, pero representan asuntos profanos. La copa de las ruinas de Santa Prisca no parece á monsieur De'Rossi (*Bullet.* 1867, pág. 48) posterior al siglo IV ó á los comienzos del V. Hemos dado en el artículo *Bautismo*, según nuestro ilustre maestro, un fragmento de vaso encontrado hace poco cerca de las termas de Diocleciano, y donde se representa, según este sistema, el bautismo de una joven llamada ALBANA.

FOSSORES.—Esta palabra viene de *fodere* «cavar». En la antigüedad cristiana designaba á los que estaban encargados del cuidado de las sepulturas en las catacumbas, y que también son llamados algunas veces *copiatæ*. En tiempo de Trajano, el Papa Evaristo, habiendo dividido la ciudad de Roma en cierto número de iglesias ó parroquias, ordenó que á cada una de ellas se agregaría un colegio de ocho ó diez *fossores*, por lo mismo que cada una tenía su cementerio particular. Debemos, sin embargo, decir que esto no es más que una conjetura del P. Marchi (*Monum.*, pág. 26), conjetura que no puede ser, con seguridad, más plausible, pero que no se apoya en ningún texto conocido hasta aquí. Parece probado, por lo menos, que la institución de los *fossores* es tan antigua como la Iglesia, y según la opinión común, habría sido ya regularizada antes de Evaristo por San Clemente, su inmediato predecesor.

Bajo la fe de un pasaje falsamente atribuído á San Jerónimo, se ha creído mucho tiempo que los *fossores* formaban, en la Iglesia, un orden aparte, como los porteros, los acólitos, etc. (Hieron. *Opp.*, t. II. *Epist. ad Rustic.*) Esta opinión, por un momento abandonada, ha tomado en nuestros días nuevo crédito por el descubrimiento de nuevos testimonios que militan á su favor. Desde luego es cierto que el mismo San Jerónimo les da el título de *clérigos* en una de sus obras auténticas (*Epist. ad Innocent.*), donde describe de este modo la sepultura de una mujer cristiana de Verceil: *Clerici quibus id officii erat, cruentum linteis cadaver obvolvunt, et fossam lapidibus exstruentes, ex more tumulum parant*, «los clérigos, á quienes correspondía este oficio, envuelven en lienzos el sangriento cadáver, y construyendo una fosa con piedras, le preparan su tumba, según la costumbre.» En la Crónica palatina editada por el cardenal Mai (*Collec. Vatican.*, t. IX, pág. 133), se leen estas palabras, que vienen en apoyo de la clericatura de los *fossores*: *Christus in se consecrando Ecclesiam gradus ejus singulos commendavit..... qui sunt ostiarius, fossarius, lector, subdiaconus, diaconus, presbyter, episcopus.* Debe observarse que en esta enumeración, el *fossarius* no ocupa el último puesto y que el portero está también cerca de él. Los *fossores* son llamados clérigos en varias leyes del Código teodosiano (l. VII, tít. 20, *leg.* 12, *et alibi*). Varios de ellos han

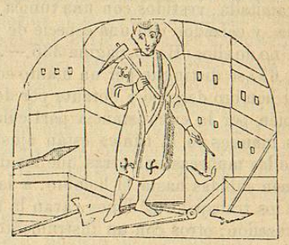
suscrito los concilios con los clérigos inferiores.

Pero el hecho de la clericatura de los *fossores* está comprobado todavía de una manera más indudable por un documento de inestimable valor: queremos hablar de los *Gesta purgationis Cæciliani*. Allí, la entrega de la iglesia de Cirta en manos de los perseguidores, está registrada bajo la rúbrica: *sedente Paulo episcopo et presbyteris..... adstantibus diaconis..... subdiaconis..... et fossoribus.* Lupi (*Dissert.*, pars I, pág. 54) cree que el oficio de estos clérigos consistía únicamente en abrir los *loculi* en las paredes de los cementerios, pero que el cuidado de excavar las galerías y las criptas estaba á cargo de otros. M. De'Rossi prueba en el tomo III de su *Roma sotterranea* (todavía en prensa) que esta aserción es errónea. Los *fossores* abrían, no solamente los *loculi*, sino también las galerías. Parece cierto, por lo menos, que los diferentes trabajos de las catacumbas estaban desempeñados por diversas clases de funcionarios, los cuales, con distintos nombres, estaban encargados, unos de excavar las rocas, pulverizarlas y arrastrarlas afuera, otros de preparar los cadáveres y de trasladarlos desde sus habitaciones á los cementerios de los arrabales, y otros de colocarlos en los *loculi* ó nichos, encerrarlos en ellos y grabar, escribir ó pintar los epitafios (véase el artículo *Funerales*).

Varios autores han contado en el número de estos funcionarios á los *lecticarii* y á los *decani*; pero esto debe entenderse con Constantinopla, y no con Roma. Respecto á los *libitinarii*, su nombre no era conocido entre los cristianos: estaban empleados entre los paganos para el servicio de la sepultura.

El emperador Constantino señaló á los *fossores* habitaciones especiales, *officinas*, en los diferentes barrios de Roma; y tenemos epitafios de algunos de estos funcionarios de la Iglesia que indican la región á que estaban destinados, como, por ejemplo, éste: IVNIVS. FOSSOR. AVENTINVS. *Fecit sibi* (Boldetti, página 65). Las funciones tan múltiples á que estaban dedicados los *fossores*, suponen evidentemente que no debían tener una existencia aislada, sino que estaban organizados en corporaciones, bajo las órdenes de los obispos y de los sacerdotes. En los cementerios de Roma se han encontrado cierto número de mármoles que nos dan á conocer los nombres de algunos *fossores:* SERGIVS. ET IVNIVS (Boldetti, pág. 65); MONTANVS (Aringhi, II, 139); CALEVIVS (ídem, *ibid.* 658); ATHANASIVS ET ANTIOCHVS (Fabretti, pág. 738, n. 492); CELERINVS, MAXIMINVS, PATERNVS, FRIGIANVS, HERCVLES (Lami. *De erudit. apost.*, pág. 278). En los epitafios descubiertos por el P. Marchi en el cementerio de Santa Inés, están nombrados los *fossores* MAIVS, PROCLVS, CALIGONVS (página 91).

Algunas veces estos nombres de los *fossores* están acompañados de los instrumentos de su profesión: considerable número de ejemplos de esto se ven en Bosio (pág. 505), Boldetti (página 62), Perret (t. I, pl. XXXIX, XXII). También existe en el cementerio de Domitila, que se ha creido largo tiempo ser el de Calixto, la imagen en pie, visible todavía hoy, de unos de estos obreros cristianos llamado DIÓGENES, el cual tiene en una mano una azada y en la otra una lámpara encendida, con diversos instrumentos de la misma profesión esparcidos á sus pies por el suelo (Boldetti, pág. 60). Este



fresco se encuentra en la región más moderna del cementerio, la cual es contemporánea de San Dámaso y de fines del siglo IV. Es un hombre joven, de cándida figura, vestido con una túnica sin cinturón, marcada en los hombros y hacia el extremo inferior con una inicial ó monograma que imita un poco la figura de la cruz (forma disimulada). (Véase el artículo *Cruz*.)

En un principio, y sobre todo en tiempo de las persecuciones, la Iglesia misma acudía á los gastos de la sepultura de sus hijos; pero desde el siglo IV, las personas acomodadas compraban, en vida, á los *fossores* «el sitio», *locum*, para su tumba y la de los suyos: esto está comprobado por un gran número de mármoles (véase el artículo *Sepulturas*), y en particular por una inscripción del claustro de San Pablo extramuros (Muratori. *Thes.*, t. IV, página 1863, n. 9). Marini (*Arvali.*, II, 695) publica un curioso epitafio en el que se encuentra consignado un verdadero contrato de venta entre el *fossor Hilarus* y el comprador *Artemisius*, con los nombres de los testigos *Severus*, que también era *fossor*, y *Laurentius*, y además el precio del sepulcro bisomo: EMPTVM LOCVM AB AR || TEMISIVM VISOMVM || HOC EST ET PRETIVM || DATVM FOSSORI HILA || RO ID EST FOL N ∞ ȣ PRAE || SENTIA SEVIERI FOSS. ET LAVRENTI. He aquí otro ejemplo, tomado de la sabia obra del P. Marchi (pág. 165): COMPARABI SATVRNINVS A || SVSTO LOCVM VISOMVM AVRI SOLID || OS DVO IN LVMINARE MAIORE QVE PO || SITA EST IBIQVE FVIT CVM MARITO AN XL.

Por último, un mármol ya conocido, y publicado exactamente por primera vez por M. De'Rossi (*Inscr.*, I, 210), lleva este singular contrato: un CALEVIVS, sin duda *fossor*,